

HERALDO DE MURCIA

AÑO V

DIARIO INDEPENDIENTE

NUM. 1222

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Península UNA PESETA al mes.
Extranjero 7'50 PESETAS trimestres.
Comunicados a precios convencionales.
Redacción y talleres: S. Lorenzo, 18

PRECIOS DE LOS ANUNCIOS

En segunda plana. 00'50 pesetas línea
En tercera. 00'10 id id.
En cuarta. 00'05 id id.

Administración: Saavedra Fajardo, 15.

SABADO 29 DE MARZO DE 1902

TRISTITIA RERUM

Sin duda por lo desabrido de mi carácter, que me proporciona contadas alegrías en todo el año, no me siento con bastantes fuerzas para entenebrecer en la Semana Triste mi ya sobradamente negro humor; y no comparto las amarguras de los fieles, que, vestidos de azul, rojo ó negro, se encasquetan caperuza de nigromante y máscara de conspirador de ópera, para ir con la cruz acuestas, obsequiando con sabrosos caramelos á éste y aquél: ni me emperejilo para asistir á las procesiones ni me solazo en la contemplación de las mozelas que las dan no pocos atractivos, permitiendo establecer comparaciones entre bellezas y bellezas de las religiosas imágenes y las profanas esculturas... Quiérese decir con esto que si en Semana Santa soporto mi habitual tristeza sin aumentarla aparentemente, no me distraigo en lo que algunos consideran como elemento de distracción, inapensable...

Pero... (¡eterna condicional!) tampoco hallo en la Semana Triste lo que muchos topan en ella: un día apacible, resplandeciente, en que la Humanidad pesara de esconder en lo recóndito de su pensamiento las imágenes color de rosa, nacidas de la Esperanza, les dá suelta en explosiones de loco júbilo, en carcajada inextinguible, homérica, que surca los aires con rápido volar de golondrina. Ni luto forzoso ni regocijo de ocasión. Mis dolores, arrullados por el Ensueño, duermen en el fondo del alma y, si en ocasiones se despierezan, no me abandonan, bien avenidos con el amor que les consagra. El alegre resonar de las campanas, las bulliciosas músicas, el estallido de los cohetes, no logran conmover á mis viejos amigos los dolores, que no se pagan de alegrías de payaso.

La hora de la dicha, del reverdecimiento del espíritu; la hora de la resurrección no se me aparece con los seductores matices de la alborada: como no tengo cadenas que romper, lastre que arrojar ó engaño que deshacer, no imito á quienes sufren en la Semana Triste por juzgarse obligados á vestir sus alegrías con ropa de tristezas; y no espero afanoso el toque de alaluya para regocijarme oficialmente, forzosamente, con el término del sombrío hiendrama... No es alegría verdadera la que de apacibilidad carece y surge en hora determinada. Por eso, no voy á la alegría á son de música, antes la alegría pasa por mí, acariciándome al pasar con sus brilladores élitros, que me deslumbran un momento. Y continúo como siempre, en mi Semana Triste...

Entonces desfilan por mi memoria las imágenes flageladas, sangrientas, cuyas pobres carnes cubren ricos terciopelos en los que el oro y las piedras preciosas fulgurán con resplandores de diamantes de rocío ó gotas de llanto: los nazarenos de túnicas rojas, azules ó negras; multitud que acude á las procesiones cual si acudiese á la fiesta de toros: el lujo, la ostentación, la algazara, desbordados por la vía pública; la miseria que se yergue implacable acá y acullá entre las pompas mundanas y mica avariciosamente los mantos riquísimos, las túnicas de seda, los manjares que adornan tal *paso*, las alhajas que fulgurán en otro, las ricas vestimentas del gentío, que goza en dejarse atropellar por los nobles brutos, heraldos de toda procesión; y sueño con la venida de Aquel, porque es preciso que vuelva á redimir al mundo, á quebrantar el poderío del ángel malo que tiene su trono en el alma humana, en el rincón lóbrego al cual no llega el carifio con sus rayos luminosos y tibios semejantes á los del sol de primavera...

¿Qué dirán los pobres oyendo los repiques de gloria? Cuando las campanas voltijeen locamente en la altura y lancen sobre nosotros la argentina cascada de sus risueñas voces, los desheredados de la suerte, volviendo los ojos á la altura, á la azul inmensidad que el sol puebla de alegría con el rojo abanico de sus rayos, tal vez exclamen con el Maestro: *Eloi, Eloi, Lamma Sabachthani*. ¿Dios mío, Dios mío, por qué me has desamparado?

Augusto Vivero

RESURRECCIÓN

Consumose el incomparable y eruento sacrificio, y la bestia humana abandonó por fin aquel trágico lugar, contentándose los indiferentes con la venganza realizada y una temerosa turba de paganos, con despertar la endurecida conciencia al ferreo golpe del arrepentimiento del espíritu. Al temblor espantoso de las rocas, y á la horrible tormenta de los mares, sucediéronse lentamente el silencio y la calma soberanos. Y mientras la fiera del terrible populacho huía cobarde, sobrecogida de terror supersticioso ó se alejaba glacial, después de haber contemplado el cuerpo de la Víctima, un grupo de héroes, permanecía inmóvil, á corta distancia de la cruz, presa de suprasensible y celeste admiración... ¿Quiénes eran? ¿Acaso sus allegados, sus parientes, sus devotos?... ¡Los que supieron limpiar la conciencia á la luz de sus principios, y amaronle como fuente inagotable de verdad, de justicia, de poder, heroísmo y sacrificio!...

Las mujeres, en número infinito, formaban agrupaciones diversas, á corta distancia de la cruz. Tres imágenes del arrepentimiento sublime, de la caridad, del amor y de la fe, descollaban como ideales visiones de los sueños: María Magdalena y María, madre de Santiago el Menor y de José; y Salomé la inolvidable y amorosa engendradora de los famosos Cebedeos. Presas de infinito dolor, sollozaban á brevísimos pasos de la cruz, pero con un destello de blanca esperanza en sus espíritus creyentes.

La aurora del sábado se avecinaba. Siguiendo la judaica costumbre, los reos enclavados, desaparecerían con el nacimiento del día nuevo; pero el populacho alcanzó de su débil juez el permiso para destrozarse las piernas de los mártires... Y se realizó la demanda de la plebe: tan solo las adorables piernas del dulcísimo Jesús quedarían laceradas sobre el santo madero sin recibir el último suplicio.

El cadáver del Maestro, sometido á la ley condenatoria del famoso Sanhedrín, no debía sepultarse en ningún sepulcro con honores. Ninguno usaría del derecho de llorar sobre la losa de su tumba: nadie elevaría sus acostumbradas oraciones con voz recia: sus miserios despojos jamás se confundirían con los sagrados restos de sus amadísimos mayores: la ley inexorable les reservaba una sepultura general (pero apartada) la misera y recóndita en que yacen los que sufrieron los más afrentosos y públicos suplicios.

Pero los mejores amigos del gran Maestro, se resistieron á abandonar la querida y sagrada sepultura. Descendió de la Cruz el divino cuerpo del sublime Salvador, en brazos de su oculto discípulo José de Arimathéa y de Nicomedes, secreto seguidor como José de las redentoras doctrinas del Maestro. Entramos á dos le embalsamaron, y con cintas más blancas que el armiño, ligáronle el cuerpo fuertemente, regándolo después con aromáticos líquidos, y difundiendo perfumes de mirto y de aloes. La adorable y sagrada cabeza de Jesús, hallábase cubierta de un espesísimo sudario, que ocultaba la divina fisonomía del gran Mártir...

En el próximo jardín de José de Arimathéa, á corta tirada del Calvario, en la viva y pelada roca de un extremo, cavó el sepulcro de Jesús: practicábase la difícil entrada, separando una piedra colosal que hacía el oficio de puerta de la tumba. Colocado que fué en la granítica fosa el cuerpo del Maestro, sus fieles discípulos, sus adeptos, sus amigos, abandonaron el recinto sepulcral, sobrecogidos de infinita tristeza, pesares y dolores. Únicamente las tres heroicas y fidelísimas mujeres, con el duelo en el alma y la fe en la voluntad, velaron su dulcísimo reposo... Y con las fúnebres sombras de la noche, pasó el tristísimo sábado para aquellas figuras gigantescas, símbolos perfectos de la resignación más acabada.

Inquietáronse los altos representantes de las leyes, los magnates, los fariseos y tiranos, y sobre toda la desenfrenada multitud, la bárbara bestia del arroyo... ¡Se apagaron los sublimes alientos de la víctima sagrada...! ¿Pero, quien es capaz de vencer al Adversario invencible del generoso y adorable pensamiento, que ha redimido á la hu-

mana familia del pecado?... ¿Quién derumba en la noche del olvido los sagrados derechos de la verdad, fraternidad, justicia, orden é independencia en propia defensa del tirano?... ¿Quién clava en el fuerte madero de Jesús, sepultándola después de una misera agonía, en el sepulcro silencioso del olvido, la imagen resplandeciente é incorpórea de la sublime idea que redime al universo?... ¡Cayó el cuerpo agobiado de dolores! ¡Desmayó la materia miserable! ¡Rindióse el férreo organismo del Atleta, para cumplir la misión en bienandanza de sus hijos, sujeto á las flaquezas y podredumbres de la vida, mientras las invisibles alas del ave gigante de la sublime redención, remontando las cumbres infinitas, escalaban en mística é indescriptible ascensión, los azules espacios de la creencia y la gloria persistentes.

¡Resurrección, resurrección! palpita en el espíritu de todos los creyentes, y verifícase en el alegre y fecundo despertar de la fragante mañana del domingo. La muchedumbre de mujeres predilectas del Maestro, acudían á levantar la tosca piedra de entrada al sepulcro misterioso, para esparcir nuevamente ó ofrecer perfumes sobre el cuerpo adorable de Jesús, cuando oyeron que de repente la tierra tembló. Una fuerza divina, un ángel de Dios dice el Evangelio, había descendido del cielo. Hizo rodar la piedra de entrada y sentóse sobre ella. Su rostro era como el relámpago, y su vestido blanco como la nieve. A su vista los guardias heridos de terror, cayeron como muertos y al volver de su espanto habían huido.

¡Resurrección, resurrección! Hora de encanto, de amores, de esperanzas, de dichas inefables. De los espíritus tolos, huye la noche de la sombra y amanece la risueña mañana del blanco porvenir.

Pero aunque la sangre vertida por el mártir fecundase los vastos desiertos de la misera existencia, aunque los múltiples gérmenes de bienes infinitos se convirtieran en apretados haces de mieses doradas y sabrosas, y se pueblen de benditos acentos los espacios, el humano cerebro de alfombras innumerables de flores, y en el alegre y venturoso despertar del corazón, la sávia vivificante de la católica Idea se deslice por el complejo lo organismo de las revueltas sociedades, es menester, que los hombres de buena voluntad no se contenten con los frutos copiosos que se contienen, sino que pongan sus esfuerzos en los continuos y sabrosos de caridad, fe, justicia é independencia que repartan á todos sus hermanos.

Se hace preciso en este período de obscuridad y mentido adelanto en que vivimos, se repitan las dolorosas escenas del Calvario. Que en toda ciudad, villa ó aldea conocidos, broten á millones los mártires de fe y generoso patriotismo, derramando su sangre generosa en aras del sublime pensamiento. Que, si las cruces del cruento martirio se elevan á millares, si después el adorable cuerpo de la lacerada víctima, reposa en el sepulcro del deshonra y del olvido, en el risueño y fragante despertar de la blanca mañana de la fe, la humanidad impia y pagana (por desdicha, aun no se ha transformado del todo en nuestros tiempos) temblará las aridas rocas de la tierra estremeceránse en sus entrañas de granito; la pavorosa noche del error, de la ignorancia y del sarcasmo, vistiéndose de tinieblas los espíritus, al soplo benéfico, de la luz ideal de Redención, una fuerza divina, un ángel de Dios, descendiendo del cielo, haciendo rodar con energía sobrehumana la piedra de cada sepultura, con el rostro brillante como el súbito resplandor de los relámpagos, y cifiendo su cuerpo con una túnica blanca como la nieve de las cimas, resucitará de la muerte, del despotismo y del error á cada héroe... Y paréceme en este sublime delirio que padezco, que los modernos guardias del oscurantismo, de la impiedad y del abandono, sobrecogidos de terror, ya ruedan como muertos sobre las abiertas fauces de tantos misteriosos sepulcros del presente, hasta que volviendo por fin de su temor y de su espanto, contemplan mudos de asombro los apartados sepulcros de millares de mártires, vacíos...

¡Resurrección, resurrección, Dios mío! La necesita la patria española de estos tiempos, muerta en sus sagrados y fecundos ideales de caridad y de doctri-

na, de moral, de sacrosanta fe, de independencia y generosa esperanza que fecundice los áridos yermos de nuestra misera existencia. Tu sacrosanta cruz, ha sido el pensamiento más grande de redención en materia de doctrina...; Alcése millares de cruces sacrosantas y en sus maderos enclavados, viertan su sangre generosa los valientes discípulos del nuevo Mártir que derramará la sangre de la Idea.

¡Dichosos aquellos que le sigan!... ¡Dichosos!...

Jacobo M. Marin Baldo

Resurrección

A Salvador Rueda

¡Gloria á Dios, gloria á Dios en las alturas! repiten, vibradoras, las campanas; y miranse otra vez en sus peanas las poco antes cubiertas esculturas.

Aléjense del pecho las tristuras, como visiones téticas y vanas, y un tropel de delicias soberanas inunda de placer las almas puras.

El esplendente sol, ósculo de oro lanza sobre la tierra floreciente con erótico ardor de amante moro; el pájaro amorosamente trina, y parece el azul resplandeciente una inmensa esperanza peregrina.

José Pérez Bojart

RAPIDA

Al despertar, todo lo vi claro, jamás pensé hallarme con la realidad que poco tiempo antes me sugestionó por entero; ahora ya no dudo, la opacidad que anteponíase á mi alma y cerebro no dejándome ver el cuadro cual era, desapareció. Ni dudas ni titubeos alberga mi corazón, la claridad del día venció á las dudas engendradas en la tenebrosa noche de la ignorancia. Los pesares huyen espantados de mi alma, una alegría loca, de niño, se apodera de mi ser; ahora vivo, ahora siento, dígame á mí, y el alegre y discordante tañer de las campanas me da la razón; las voces del pueblo, los tiros que disparan los hombres, ese acto tenido por salvaje y que yo creo es la necesidad imperiosa de hacer pública manifestación del interno regocijo de las almas fuertes, furiosas, de los hechos que tráeles á las mientes una historia, me tornan á mí, me hacen que perdona, al que, cobarde, se ensañó conmigo, y al envidioso que me calumnió. Soy otra, yo misma noto el cambio que se opera en mí tras el acto que concluyo de verificar. Vis tres por ese camino, yo por este, digo repitiendo la frase del profundo pensador inglés, y de seguir el canto aquella oración que mi madre me hizo aprender siendo yo muy niña. Las campanas, las voces y las descargas de las gentes enloquecidas, apagan mi canto, yo misma no oigo mis salmodias; pero estoy segura que El las oye y se sonríe... ¿pensará lo que yo?

El bachiller Lanuza.

EL DESPERTAR

Cantando á gloria, han roto el silencio que guardaban, las metalizadas lenguas. Todo lo existente despierta del penoso sueño que ha dormido durante los días santos, y vuelve á su estado normal.

El Sol arde con vigorosa llama: corren por sus cances con ligereza, produciendo alborotado ruido, las aguas: aumenta el bullicio en los pueblos, villas y ciudades que por espacio de tres días no se hubiese sentido, á no ser por las máscaradas eclesiásticas llamadas procesiones, que lo han mantenido aunque pacífico y menguado: la alegría brota: las esperanzas renacen: reanúdate el trabajo en talleres, fábricas y despachos: trinan alegremente los pájaros, exhalan las flores aromosos perfumes, las nubes cambian el color plomizo de la pasada estación, per un claro azul primaveral: los pintorescos valles y alegres campos sonríen dulcemente, recogiendo sus carcajadas la extensa planicie: cristalinós arroyos; cataratas espumantes, poblados bosque; y azulado lagos, espejézanse aún del pasado sueño, llegan á los países meridionales las primeras golondrinas llevando entre sus alas las primeras llamaradas de calor, las mari-

posas besan los cálices de las flores con besos de paz y de ventura...

Ya despierta... ya despertó la sublime Naturaleza del sueño de pena que dormitaba por estar su creador muerto. Ya despertó al resucitar Dios y con su nuevo estado de vigilia, nace la presente primavera.

Luis Guirao Cañada

AL PASAR...

La ví sobrecogida, no sé si temblaba; su faz tenía un no sé qué de extraño que me sobrecogió; el pliegue que veía en sus labios, bien así como quien sonríe, era tan triste que me pareció la sonrisa de un desesperado... El templo estaba oscuro, muy oscuro, sentí temblar todo mi ser, miré á mi alrededor; solo, solo yo seguía en el templo. La muchedumbre que poco antes lo invadió y con murmullo de moscardón rompiera la apacible calma, ahora en las calles prorrumpía en gritos; solo yo, seguía allí, junto á la imagen; las oraciones borbótaban de mis labios sin darme cuenta, prefería aquella soledad á los gritos; de pronto me estremecí, una mano hablame tocado en el hombro, me volví, era el sacristan que requisaba la iglesia, iba á cerrar y cortésmente me indicó la puerta... salí.

Gustavo Vivero

CRÓNICA

Resurrección

Confundiéndose con la ancha faja de rojiza bruma crepuscular, veíase la inmensa fábrica cuyos altos y longevos edificios y empinadas chimeneas poco á poco, seguíbase acercando el día, tomaban mas relieve y entre la fuga aloada de algunas cenizas nubecillas, destacándose como dormidos torreones de misterioso castillo.

Por los raquíticos senderos que perdíanse en todas direcciones como serpientes incommensurables, caminaban algunos incoherentes hacia la ciudad, que algo mas lejos, al pié de la cadena de montañas, aun dormía como vicioso calavera después de una noche de asqueroso y emprado amor.

Diríase que en aquella ciudad, la miseria y el hambre eran un mito pues en nada absolutamente denotábase que allí pudiera haber trabajo.

Apareció por fin el día claro y hermoso. El cielo de un azul purísimo, bordado por algunas ligeras manchas blanquinosas, servía de gigantesco dosel á aquella vega fértil y aromática que, después de una noche de incesante fecundidad, se despierezaba.

Un rayo de sol hirió mi rostro y marché hacia donde aparecía ya en toda su grandeza la fábrica, en cuyos tejados quebrábase el sol caracoleando como chispas de rojas ascuas.

Acompañado de un viejo que guardaba el edificio penetré en sus anchas galerías, que aparecieron ante mí como silenciosos testigos de la actividad humana y las hallé silenciosas, las ruedas oxidadas, los gigantescos volantes perzozos y entumecidos, que cual soldados de colosal ejército, dormitaban entre la fría atmósfera de los solitarios claustros.

Todo aquello era un montón de cosas inútiles, un cuerpo sin vida que aguardaba el instante de la resurrección, y cerrando los ojos ví pasar ante mí vista, como película cinematográfica, ejércitos de desnudos ciclopes que ponían en actividad aquella serie de ruedas paradas.

La sirena comenzó á sonar y una nube de obreros penetró atropelladamente como espantable turba de invasores.

El coloso comenzó á agitarse imitando en su ensordecedor ruido el aleteo de un ave gigante. Los volantes giraron sobre sus ejes. Los calderas arrojaban torrentes de vapor y las empinadas chimeneas vomitaban enormes columnas de espeso humo que esparciábase en el espacio formando figuras grotescas.

La vida parecía bullir en el interior de la fábrica y el continuo machacar de los martillos, confundíendose con los cantos de los obreros, parecía ser un himno de alabanza al trabajo regenerador.

Todo fué un sueño, abrí los ojos